

# Queremos compartir un mundo hecho de conversación por el camino

**José Fermín Muñoz Gallego\***

*«Gracias, Señor, por las manos, con ellas puedo apretar la amistad, acariciar, socorrer, dar...» (HAL).*

Tras varios años compartiendo mi tiempo y afecto con personas marginales y con inmigrantes, quiero expresar algunas ideas fruto de la experiencia vivida. Nada estuvo en su momento programado. Ha ido surgiendo, como consecuencia de las situaciones y vivencias encontradas.

Lo titulo como un acompañar, porque en la mirada retrospectiva que hago, es la mejor imagen de la realidad que he vivido. Normalmente lo manifestaré en plural. Aunque en muchas ocasiones las actividades de acompañamiento las he hecho solo. Siempre me he sentido enviado por esas comunidades de referencia a las que pertenezco. Actuar solo sería añadir fragilidad a lo que de por sí es ya muy frágil. Son tres las comunidades, pero unidas en mi caso por redes comunes de acompañamiento. Me refiero a Alucinos-La Salle, Pueblos Unidos y la Comunidad de San Egidio.

---

\* Educador, profesor de Enseñanza Profesional, Madrid.

*Alucinos-La Salle*, centro de acogida en el barrio madrileño de San Fermín. Durante los 13 años que llevo allí colaborando he trabajado en programas de alfabetización y en la atención a los inmigrantes. El trabajo que hacemos con los inmigrantes es en primer lugar de información. Cuando los encontramos por la calle, en los lugares donde los sin-papeles suelen dejarse ver, es decir, en el metro con el «top-manta», en las calles de Lavapiés, Atocha o Tetuán, les invitamos a que acudan a nuestro centro. Quedamos con ellos a una hora indicada, en un lugar concreto, normalmente una estación de metro, y les llevamos a San Fermín. Una vez en Alucinos procuramos que la acogida sea lo más cálida y cariñosa. Se les hace un currículum. Se les informa de lugares donde pueden dirigirse para encontrar trabajo. Muchas veces les acompañamos, sobre todo a los que llevan poco tiempo en Madrid. Les facilitamos llamadas telefónicas a alguna entidad donde hay alguna oferta. Previamente hemos conectado con diversas empresas con las que mantenemos la mayor proximidad. Se sigue haciendo un seguimiento. Les localizamos si surge un trabajo que se ajuste a su perfil. Una buena parte de ellos suelen volver, o llaman por teléfono. Quieren no perder el contacto hasta encontrar lo que buscan. Les llamamos por teléfono para interesarnos por su situación, cuando ha pasado algún tiempo; les sorprende que les recordemos, lo agradecen, se sienten valorados.

*Pueblos Unidos*, centro dirigido por jesuitas en el barrio de la Ventilla. Similar a Alucinos. Fundamentalmente con programas para inmigrantes. Colaboran muchas personas, sobre todo religiosas jubiladas. El número de inmigrantes que buscan una orientación laboral en este centro es enorme. Se hacen reuniones con grupos. Se les orienta. Se les informa de lugares de interés a donde acudir para la solución de su problema laboral. Se les entrega documentación para que puedan conseguir la tarjeta sanitaria o para acceder al empadronamiento. Como en Alucinos, tienen asistencia jurídica gratis, así como el resto de los servicios. Las personas que trabajamos allí tenemos nuestros tiempos de encuentro, oración, Eucaristía dos veces al mes. Es un centro donde se pone de manifiesto la actitud de acogida y de cariño a los inmigrantes.

*La Comunidad de San Egidio* (amigos de la calle), laicos comprometidos con la marginación. Una vez a la semana, tras media hora de oración, a las 21 horas, salimos divididos en grupos, en rutas hacia lugares donde se encuentran los mendigos, drogadictos, prostitutas callejeras, personas que viven y hasta duermen en la calle. Les llevamos la cena, consistente en una sopa mixta (caldo, carne, verduras), bocadillos, fruta, café con leche, dulces. En verano, gazpacho y zumos. Normalmente, junto al reparto del alimento se produce un encuentro muy cariñoso con estas personas. Nos cuentan sus cosas, nos preguntan cómo salir de sus problemas, piden ayuda para situaciones concretas. La forma como nos encontramos y despedimos de ellos es muy calurosa y afectiva.

Es una comunidad, la de San Egidio, muy rica espiritualmente y muy concienciada socialmente. La comunidad «*nos envía*» cada miércoles a buscar y a encontrar a Jesús en los lugares donde creemos más claramente está presente dentro de la ciudad de Madrid.

Como comenté anteriormente, la participación en los tres proyectos facilita resolver muchas veces problemas comunes con personas diferentes. Actuando conjuntamente el rendimiento es mucho mejor. En mi caso, la participación en los tres proyectos es sumamente necesaria.

## **COMUNIDADES DE ESPERANZA QUE VIVEN EN ESPERANZA**

La esperanza está en todo nuestro quehacer con los pobres y marginados. La esperanza hay que mantenerla y buscarla en cada servicio, al solucionar el problema de algún amigo marginado. La esperanza nos hace trabajar, nos impide el parón o la marcha atrás, evita el desánimo.

La esperanza está cargada de utopía. Alguien dijo que «*un colectivo sin utopías es una procesión de cuerpos muertos*». El cristiano, si ha descubierto a Jesús, no puede ser pasivo. No podemos permitirnos no caer en la cuenta de que alguien a nuestro lado lo pasa mal. Siempre, desde el

anonimato, como el buen samaritano, hay que actuar y no dar rodeos, o tener mucha prisa para otras cosas.

Jesús nos dejó su mensaje, los cristianos no debemos defender tanto el honor de Dios como volcarnos más en defender el «proyecto de Dios». Este proyecto consiste en sacar adelante a cuantos vemos por el camino. Jesús no creyó en un Dios ajeno a la justicia. *«Deja tu ofrenda... y vete primero a resolver el problema con tu hermano».*

Partimos siempre de una idea, una convicción, que en el camino buscamos que el bien supere al mal. La vida es posible, es fruto de nuestra fe en la Resurrección, resurrección de los que están perdidos. Si Cristo es nuestra Pascua, nosotros estamos llamados a ser Pascua para ellos. Esta liberación es posible desde la cercanía, el afecto y la complicidad. Es la Buena Noticia de Jesús: el hombre puede ser liberado del mal. Como decían en la Favela Candeal: *«milagro, dejamos la delincuencia y pasamos a la vida digna y decente».*

Creemos, como comunidad, que *«debemos defender lo mínimo, la vida, que es el máximo don de Dios»* (Óscar Romero). Dar los pasos, pequeños, pero dándolos, para crear un mundo donde la solidaridad sea el valor básico sobre el que se asienta la convivencia. Es una opción compartida de vida alternativa, desde las *comunidades inclusivas*, en las que sea normal que unos cuiden de otros en la gratuidad y la reciprocidad. Operar más por contagio que por discursos o estrategias. Es una solidaridad contracultural y provocativa. Denunciamos con hechos, con nuestra palabra y con nuestra presencia al sistema que produce tanta exclusión.

El mundo de los excluidos necesita grupos de personas que luchan por los derechos de los últimos, olvidando sus propios intereses. Queremos ser *«comunidad de contraste»* con un único estilo de compromiso e interdependencia. Ser significativos y rompedores. El Evangelio nos llama para ser luz y color en un mundo gris. Seducir y atraer. Ser sabor en medio de una sociedad que necesita sal.

Queremos ser una comunidad que practica la *mística de los ojos abiertos*, utilizando la mejor mirada cristiana. A La Salle le puso en movimiento no el conocimiento, sino la visión diaria del estado en que vivían los niños de Reims. El Espíritu le tocó por el contacto con la realidad. Nuestras comunidades solidarias, de la misma forma, queremos dar modestas respuestas a la realidad que vemos y sobre la que reflexionamos. Un mínimo de honradez con lo real, nos exige estar ahí, nos invita a implicarnos, pasar de ser mero espectador a protagonista del cambio. Si no hacemos nada por cambiar el mundo es que no creemos en otro mejor. No podemos escurrir el bulto.

Nuestro intento es abrir un mundo de posibilidades a un mundo de silencios y miserias. Dar a los marginados oportunidades para que se descubran y rehagan. «*Más que hacer muchas cosas para ellos, hacer muchas cosas con ellos*». Impulsando un destino distinto al que parece están abocados. La suerte de ellos es nuestra suerte. Queremos, desde la proximidad, que su destino sea el nuestro. Nos ofrecemos como canal del Espíritu, para que las personas sin futuro consigan una existencia digna. No queremos ningún protagonismo, ni apuntarnos ningún tanto. Sólo queremos ser luz allí donde hay tanta oscuridad. Cuando te acercas al que sufre, como lo hacía Jesús, no le marginas más; lo que intentamos es que cambie el sentido de su sufrimiento.

Como dice García Roca, la cercanía es un *dique* contra los mecanismos de exclusión. Hay «*que pasar al otro lado*», alimentar con «*puntos luminosos*», sabiendo que el encuentro con Cristo se produce cuando nos encontramos con los hermanos. Queremos derrochar vida allí donde la vida se extingue, iluminando situaciones, abogando por la dignidad, estando cerca de esa población flotante, buscando el paso de la población humana a la familia humana.

## COMUNIDAD CARGADA DE HUMANIDAD Y CERCANÍA

San Francisco de Asís decía que *«sólo se conoce lo que se vive»*. Hemos pretendido llegar a Dios desde la Teología de forma intelectual, o desde nuestras intimistas prácticas piadosas. Sin abandonar ni lo uno ni lo otro, quiero abordar la cercanía a Dios desde el encuentro con los hermanos más olvidados y desfavorecidos. Es dejarse llevar por el Espíritu que te orienta. Evitar no abrir los ojos del corazón ante sus constantes llamadas, dada la realidad sufriente con la que conectamos.

Encontrar el verdadero rostro de Dios, viviendo lo más cercano posible a aquellos en los que él mejor se manifiesta. No hay duda de que Dios está donde se padece, donde el dolor es un hecho real. Dios está en quien sufre. Humildemente, queremos incorporar a Dios a la historia, evitando, paliando, luchando contra el dolor de los seres humanos. Evitar, como se pueda, el dolor, es una manera de manifestar que Dios está presente. Dejar que se mantenga el sufrimiento es facilitar la idea de un Dios apático, insensible e impasible a los problemas de las criaturas que él creó.

El Dios que se manifiesta en Jesús, tras conocer su itinerario, nos invita a descender con él a los lugares donde la vida se hace difícil y la felicidad está ausente. Si abrimos allí los ojos de nuestro corazón, sentiremos de cerca y como nuestro el mal de los «otros» que allí malviven. Estar ahí, próximos, es manifestar al Dios compañero, gratuito, solidario, aparentemente ineficaz por silencioso y discreto. Pero al tiempo nos abre horizontes, nos invita a compartir nuestra humanidad, nuestro tiempo, nuestras capacidades, con tantos marginados, intentando que cambie su situación. Su humanidad, la del pobre, compromete la mía, me desatasca, me desocupa de mí, me cuestiona, me interpela, me exige pensar más allá de donde yo pienso me prohíbe, en una palabra, la indiferencia.

Para percibir esta realidad no hay que ir muy lejos, dentro de nuestra misma ciudad o en el extrarradio de ella, en esos lugares donde no se parece a sí misma, o pierde su nombre, lugares tan próximos, pero al tiempo tan

alejados. Allí donde tan sólo es necesario cruzar un par de calles, cruzar alguna acera. Decisión tantas veces difícil, cargada de miedo para personas que creen que allí se pierde la dignidad. Da miedo y hasta indigna lo que puedes encontrar. Y, ¿qué encuentras?, el silencio aparente de Dios, el Jesús otra vez fracasado, olvidado, empobrecido y marginado por las gentes de bien. La indiferencia y la irreflexión son manifiestas.

Tomás, el apóstol, quería fundamentar su fe en la Resurrección con la visión clara y directa de las llagas de Jesús. En este Cuarto Mundo de nuestras ciudades, se visualizan de forma clara entre los desheredados, drogadictos, prostitutas deterioradas física y psíquicamente, parados crónicos, inmigrantes desesperados sin la oportunidad que esperaban. Todos ellos, «*minusválidos sociales*», vidas rotas en la soledad más absoluta, fruto tantas veces de la injusticia y la indiferencia social que el neoindividualismo destroza y pone todos los obstáculos para una cierta cultura humana de solidaridad.

Si la vida no es algo, sino la ocasión para hacer algo; si la vida es la suma de respuestas a las múltiples preguntas que uno se encuentra en el camino, creo que los seguidores de Jesús lo serán si su presencia es real también en las zonas de marginación.

Si creo que ver, mirar, fijarme, escuchar, intuir lo que hay detrás de cada ser limitado que encuentro es algo fundamental en mi vida, entonces tengo que asumir que me ha llegado el momento de mojarme (pringarme) con la realidad, acercarme a lo real, ver, descifrar mucho, lo que pueda, de lo que se cuece allí dentro.

¿Por qué no pensar que estoy siendo llamado a ser abogado de ciudadanos mutilados y vigía de la vulnerabilidad? Creo, veo claro, que me surge un nuevo trabajo, trabajo con personas a las que puedo iniciar en un proceso de búsqueda. Mi tiempo libre ahora es mucho, no tiene por qué ser tiempo de descanso. Puede ser un paso, humilde, pero un paso, en la búsqueda de una humanidad distinta.

Miro al neoindividualismo y veo que todo en él se reduce a un análisis de costes y beneficios, que pierde cada vez más los vínculos sociales, los ha privatizado. Sólo piensa en consumir, es el único criterio que tiene de inclusión o exclusión. Ha perdido la mala conciencia y elude toda reprobación social y moral de conductas claramente abusivas. Su ley es la del más fuerte y su cultura, la de la satisfacción y el consumo inmediato. Me revelo esperanzado, recordando aquello de que *«aunque corten todas las flores nunca podrán impedir la primavera»*.

Cuando dejando la Gran Vía madrileña tomo la calle de Valverde y, después, la del Desengaño, itinerario frecuente, muchas veces pienso, ¿qué pensarán si te ven frecuentar estos lugares gente correcta y bienpensante que te conoce? La respuesta tuve que encontrarla rebuscando en alguno de los escritos del recientemente fallecido Abbé Pierre: *«¡Me importa un bledo lo que piensen o digan, lo único que cuenta en este momento son las personas (víctimas) que están por aquí y me esperan!»*.

Cada vez creo menos en el compromiso como fruto de un pacto, y cada vez creo más en la respuesta que produce el estar enamorado de una persona, unas personas, una causa... Es el amor personal como respuesta a un Amor, mucho mayor, recibido antes. Todo esto es el resultado de que la vida está siendo una experiencia de aprender a amar. Y amar bien exige antes barrerse a sí mismo, descerrajar esa caja fuerte del ego, la mía es muy fuerte, y darse saliendo de uno mismo. Es una gracia, paradójico, encontrar tanta debilidad por el camino, encontrarles en el vivir cerca, amándoles, porque creces junto a ellos compartiendo el amor.

Todo lo que quiero manifestar aquí es una apuesta por la dignidad de los seres humanos marginados de nuestra ciudad, Madrid. Intentando caminar con ellos en el encuentro, la proximidad, queriendo actualizar hoy lo que Jesús hizo, lo mismo, aunque hace tiempo. Hay que llegar, dar calor, amistad, ver muchos «tú», hacerse útil; intentar, acompañando, resolver si se puede, alguno de sus problemas. Nunca dar la espalda, oír y no atender, relativizar lo que te cuentan. Siempre un gesto de frente, sincero

y amable, transparente. Solamente preservamos nuestra dignidad buscando la dignidad de los que no la tienen, los derechos de los «*sin derechos*».

Si hablo, escucho, me acerco, acompaño a un drogadicto, parado, prostituta o enfermo de sida, me meto dentro de él, desde la concepción que voy teniendo de la dignidad humana, conociendo cuáles son sus derechos, mi corazón siente rabia, mi cuerpo sufre, mi impotencia intenta desarmarme. Si me quedo ahí, y digo basta, tengo que forzar mi interior, noto la ayuda de la luz, intento volver con nuevos impulsos, con alguna posible y nueva solución, alguna iniciativa, alguna alternativa... «*Ser enviados no significa hacer muchas cosas, sino ser testigos, gritar con vuestras vidas el amor radical de Dios a la humanidad*» (Daniel Izuzquiza, director de Pueblos Unidos). Nuestro criterio central es solidaridad con el sufrimiento de las víctimas. Pasamos, como dice Izuzquiza, de ser gentes con mucho «yo» a gentes con mucho «tú».

Las antenas de los despachos de Cáritas, donde, sobre todo inmigrantes, esperan alguna puerta abierta a su impotencia laboral, son uno de los lugares donde mejor he podido acompañar en esa búsqueda esperanzada. Esa comunidad de intereses con cada tú, singular, que está allí, es el camino para llegar a esa situación de dignidad tan deseada. Son lugares, también, para levantar sus ánimos. Personas que hicieron tantos kilómetros, cruzaron mares de formas tan duras en algunos casos; si en esos momentos esperan algo, es la palabra y el gesto que lleva a la posibilidad, a la esperanza.

El amor desinteresado, sin ningún ego mezclado, es el del padre/madre. El que trabaja para los demás, es auténtico en su trabajo en la medida que se ofrece con un amor tan limpio como el de los padres. Los grandes santos desconocidos, laicos o religiosos, «*creyentes anónimos*», que ha habido a lo largo de la historia, en tantos lugares perdidos de la Tierra, son aquellos, creo, que dieron con tanta limpieza, que nunca se sintieron defraudados por la respuesta a ese don. A una religiosa que había entregado toda su vida a los demás, le preguntaron en cierta ocasión: ¿Cuál ha sido el lema

de su vida? La respuesta me pareció maravillosa: «*Hacerlo todo de manera que nadie notase que era yo quien lo realizaba*»... «*El que ama no obliga, el que recibe el amor se siente obligado a corresponder*».

## ACOGIDA

Necesitamos mostrar exteriormente esa actitud de acogida que brota de nuestro interior hacia nuestros hermanos excluidos. Lo manifestamos en el interés por cada persona concreta. Eso exige abrir nuestro «*espacio propio*», darlo cariñoso para que el «*otro pueda entrar en él*». Desplegar actitudes y acciones que permitan el acercamiento y la confianza mutua. Es cuestión de abrir el tiempo propio, crear un ritmo que pueda conseguirse que sea común, en el que ellos se expresen, intenten ser comprendidos y escuchados, y nosotros activamente lo asumimos como nuestro. Es, insisto, mirarles, recibirles, caminar juntos, hacer juntos el recorrido. Procurar decir sí cuando te piden que les acompañes a algún lugar, a realizar alguna gestión, a resolver algún asunto que para ellos resulte de importancia. Por eso debemos «*crear vínculos, crear lazos*» que favorezcan los sentimientos de reciprocidad y corresponsabilidad. Unir todas las fuerzas comunes, sinergias positivas, para el bienestar de todos, y para nosotros también.

Esta acogida es una llamada a la generosidad de la comunidad, expresada en actitudes, iniciativas colectivas e individuales. Tomamos partido colectivamente por el encuentro en el camino del reconocimiento de las personas excluidas a través del diálogo pausado y cordial, la disponibilidad, el gesto cariñoso, el trato afectivo. Acoger es insertar, aunque sea muy modestamente, «*porosidad*» en la sociedad, impermeable normalmente a este tipo de iniciativas. Aunque aparentemente no se note, se puede llegar a la sensibilización social, la rehabilitación de nuevos espacios para estas personas. Estamos en el inicio de una nueva cultura, la «*cultura de acogida*».

## ACOMPañAR

El yonki, el sin techo, los crónicos de la calle, tienen el problema común de la soledad, viven normalmente una despersonalización tan grande, que ni se sienten acompañados por sí mismos. Condensan en sus personas, desgraciadamente, el desprecio, olvido, indiferencia social más desgarradora unido a prejuicios demoledores. Las personas correctas, los bienpensantes, los instalados, ¿cuántas veces han hablado con un excluido de este signo? Si lo hubieran hecho, caerían muchos de sus planteamientos y prejuicios, pienso que equivocados. Se enterarían de que estas personas tienen ideas, gustos, aficiones, y en muchos casos, buenos recuerdos. Es cierto que muchos arrastran taras mentales, que normalmente van en aumento. Son el reflejo, opino, de nuestra sociedad, que en estos puntos reflexiona poco sobre sí misma.

Intentamos asumir el mensaje de Jesús. El Dios de Jesús es próximo, cercano, misericordioso, amigo de los insignificantes, no se evade para defenderlos ante la ley o los poderosos. Le seguimos creando lazos con ellos, en el contacto y el encuentro del camino común. No somos expertos en nada, pero queremos mejorar en comunicación, más con actitudes que con palabras. Que ellos se vean poco a poco más protagonistas. Abriendo caminos, iniciando su recuperación como personas que empiezan a valorarse y a quererse. No es fácil, necesitamos, y poco a poco lo vamos consiguiendo, tener fe en el hombre; pero más en estos hombres considerados como inferiores, rompiendo inercias y miedos, saltando barreras y fronteras, que nuestro sistema, tan bien estructurado, nos coloca para frenarnos.

Nuestra misión al acompañar a estas personas es la búsqueda de situaciones distintas a las que están viviendo. Queremos hacer el camino con ellas cuando nos cuentan sus problemas, cuando les damos alguna respuesta, les llevamos a aquellas entidades que pueden facilitar su situación: bolsas de trabajo, despachos de Cáritas, oficinas de empleo temporal, asociaciones de reintegración de prostitutas... Estos traslados en metro, autobús, o simplemente caminando por las calles, son los mejores momentos para el

encuentro personal, el diálogo confiado. Es, creemos, la mejor manera de acoger a la persona concreta, iluminar su situación vital, tantas veces oscura. Siempre con una manifiesta cercanía y dando motivos para la esperanza, a pesar de la complejidad y dificultad de su situación concreta.

Pensamos que acompañar exige una *sabiduría compasiva*; supone ser fieles al hombre en el *encuentro personal*, en el *diálogo*. Frente a la posibilidad de ser espectadores pasivos, diluidos en la insensibilidad, está el imperativo que exige ser conscientes de que los humanos son sujetos, y no objetos, sobre todo algunos de ellos, tantas veces olvidados por la sociedad. Evidentemente es la práctica del *espíritu alternativo*, creativo y utópico, en definitiva, de cambio.

*Sabiduría compasiva*. Es simplemente ese precipitado que queda, tras conocer y encontrarse, con tantas realidades duras y sangrantes. Sabiduría que te da una visión objetiva y proporcional de la realidad que ni podías imaginar. La sabiduría, creemos, habita en el corazón, permite acercar la respuesta a la realidad que veo y que se necesita.

*Encuentro*. Encontrarse con el excluido es meterse en su campo, escuchar y vibrar con sus palabras, abrirse y adaptarse, respetar; mostrar confianza sincera, no puede ser otra, al estar en ese lugar del encuentro que es el amor. Encontrarse es mucho más que la proximidad física. Es comunicación directa, nunca tangencial o yuxtapuesta; es entreverarse, injertarse. En el encuentro surge espontánea la sonrisa, la caricia, el abrazo, apretón de manos, el beso. Son gestos acogedores que unidos a la entrega de lo poco que podemos entregarles, el tiempo, entreveran nuestras vidas, entramos mucho en la de ellos, llegamos a una comunión.

Jesús, camino de Emaús, el mejor acompañante, el que mejor sembró la esperanza en quienes estaban hundidos y desesperados. Dios se hace presente en este caminar junto a los marginados. Ellos preguntan muchas veces sorprendidos: *¿Por qué hacéis esto?* La respuesta prácticamente se ha repetido siempre: *Al Dios al que yo sigo le interesa mucho tu futuro.*

*Lo que me cuentas que te preocupa, él quiere que yo esté a tu lado para conseguirlo. Me impresionó mucho, hace años en Alucinos, cuando una gitana, que por cierto siendo abuela estaba embarazada, me interpeló en parecidos términos: Tú que vives tan lejos, vienes aquí para enseñarme a leer y escribir y encima no te enfadas cuando te doy el plantón y no vengo algunos días... ¿Por qué lo haces? Situaciones como ésta son la ocasión para expresar nuestra identidad y los motivos por los que estamos con ellos.*

Hace unos meses, en pleno invierno, unas personas que no nos conocían y a las que les ofrecimos la cena caliente, nos preguntaron: *¿Vosotros sois del Ayuntamiento, de Cáritas... quiénes sois? ¿Quién os paga esto?* La respuesta fue humilde, sencilla: *Lo elaboramos nosotros y lo hacemos con mucho cariño, porque estamos seguros de que os merecéis mucho más que esta sencilla cena.*

Cuando tienen mucha confianza, más las mujeres, y todavía más las prostitutas, profundizan más en las preguntas. Normalmente les decimos que se lo merecen, que Dios quiere que nosotros estemos cerca de ellos en esos momentos. Nos ofrecemos normalmente, en ese diálogo mientras van tomando la cena, para acompañarles para resolver los problemas que tengan. Llevándoles a despachos de abogados que no cobran, haciéndoles algún currículum, acercándoles a alguna institución relacionada con su situación.

Tenemos muchos caminos para anunciar a Dios, personalmente creo que estoy llamado por éste. La visibilidad de Dios en el mundo de hoy se manifiesta estando junto al débil. Respeto otras espiritualidades, he encontrado ésta, la de los ojos abiertos a las necesidades humanas de los más débiles. La experiencia, cada día distinta, provoca en nuestro interior una chispa, un destello, una luz, que al tiempo que ilumina, descoloca, cuestiona y nos sitúa.

## ACOMPAÑAR ES CONTRACULTURAL

Muchas veces, defender esta causa de los desafortunados, choca con las actitudes individualistas de personas próximas, familia, amigos, compañeros de trabajo. De alguna forma se busca un proyecto de sociedad alternativa, acercarse y acoger a estas personas, cuando lo normal es pasar de largo; no gusta. Sin querer, se saca en las conversaciones con amigos o familiares este tema o las experiencias que recientemente te han impactado, o los proyectos inmediatos que tienes. Notas que les hartas. Hay que replegarse, pero denunciar en el momento oportuno la injusticia de la sociedad.

Amar gratis produce perturbación en el entorno. Ver en los rostros marcados por el alcohol, las drogas, el descuido, la llamada de Dios, que desde ellos nos reclama, hay quien no lo entiende. Jesús era contracultural en su época, revolucionario, buscaba la dignidad del ser humano. Cuando hay esperanza y rebeldía ante el dolor del hombre, nos salimos de los esquemas. Si buscamos el proyecto de la humanidad universalizable, ciudadanía mundial, sociedad incluyente, discriminación positiva, no suele gustar. Las *manos nuevas* de la gratuidad, poner corazón en los engranajes de la vida moderna, es una exigencia improrrogable, aunque generalmente no se entienda así.

Colocar al ser humano en el medio, organizar la vida en función de las necesidades del otro desvalido, dando cariño a quien carece de cariño, se altera y descompone ante el sufrimiento de los pobres; cuando nos damos las manos, no las huellas, abogamos por *«el hombre como hermano del hombre»*.

## CAMINAR CON LOS INMIGRANTES EN LA BÚSQUEDA DE EMPLEO Y... ¡LEGALIDAD!

Los inmigrantes son el grupo humano al que más tiempo dedicamos. La dedicación es preferentemente a los recién llegados, los mal llamados *«sin*

*papeles*». Caminamos mucho con ellos, son las personas con las que hay que tocar más puertas para encontrar una salida. Acompañarles e informarles de los lugares de Madrid (les damos información fotocopiada en varios idiomas de albergues, comedores, lugares donde pueden contratarles, hospitales a cuyas urgencias pueden acudir), donde como a los trabajadores de la viña del Evangelio, llegan furgonetas, paran y van eligiendo algunos de los muchos que están a la espera. Así se ofrecen los *sin papeles* a sus posibles empleadores.

Cuentan su experiencia, casi siempre frustrante. Procuramos mantenerles la esperanza con la que normalmente llegaron, evitando que vean en nosotros el desánimo. No desistir, abrir nuevos caminos, acercarse a los lugares de trabajo donde las vigilancias de los inspectores de trabajo son menores. Hemos recibido muchos reproches por esta forma de actuar; dicen que favorecemos la ilegalidad. Personalmente respondo como hizo el hermano Isidoro de la Congregación de la Cruz Blanca. Este Hermano recogía en las playas de Algeciras a los africanos que llegaban en pateras y los alojaba unos días en su casa. Ante los policías que le mostraron la ilegalidad de lo que hacía, les contestó: *«Yo no entiendo de leyes, sólo quiero atender a seres humanos. Las puertas de mi casa las abro a todo el que llega»*. Algo parecido contestaba el sacerdote de Entrevías Enrique de Castro: *«Cuando, contrariando las leyes, metemos a los inmigrantes en nuestras casas, estamos haciendo lo que decía Jesús»*.

No queremos ser cómplices de la indiferencia con nuestra inactividad, silencio o pasividad. No admitimos que haya ningún ser humano al que se le pueda calificar de ilegítimo o ilegal. *Nunca existen trabajadores ilegales, será el trabajo el que es ilegal*. Pedro Casaldáliga decía que *«el Evangelio no da respuestas, pero responde»*. Por ahí queremos orientar. Manera de actuar inteligente y evangélica frente a la altura moral del momento que vivimos. Usar la mente y el corazón. La inmigración es el espejo en el que podemos reconocernos muchas veces los que vivimos en el mundo rico. Es un buen barómetro, la forma como se trata a los inmigrantes de la altura moral de nuestra sociedad.

Notamos que los inmigrantes son muy hospitalarios, sobre todo los subsaharianos. Te llevan a sus casas. Impacta el estado en que normalmente están. Escaleras antiquísimas, con vigas de refuerzo que dan pánico. Una vez dentro de los pisos donde viven, no encuentras un hueco. Toda la superficie está llena de camas. No hay espacio ni para una silla. Muy fuerte. Hay que descabalgarse y mirar de cerca estas realidades, aproximarse.

Recuerdo, más que otras, la conversación que tuve con un africano de Senegal cuando nos dirigíamos a uno de esos despachos de abogados gratuitos para inmigrantes que tienen algunas asociaciones. Me contaba cómo saltando con otros compañeros la valla de Melilla, los otros murieron en el intento y él milagrosamente pudo llegar a la ciudad. Las peripecias que pasó hasta llegar, primero a Almería y después a Madrid. Comentaba que el solo pensamiento del fracaso que le suponía el volver a su país, era su aliento. No hay muro que impida los sueños. Volver a África es morir.

Pensamos, y lo decimos, que hay que humanizar las fronteras. Nunca una frontera puede poner límite a una ciudadanía. Para ellos, las fronteras, las vigilancias, los muros... son como poner puentes al mar

*¡Todo es según el dolor con que se mira!* decía Mario Benedetti. Creo que estos temas los debemos mirar desde su posición, la del inmigrante, más vulnerable. La vulnerabilidad de ellos es real, *ciudadanos a la intemperie*, la de los de aquí, que todavía no *han cambiado la mirada*, y miran con miedo al extranjero, es aparente.